

Fuera, son pálidos personajes, a los que cierta niebla—la suya, la de su *n i v o l a*—, desdibuja y difumina y apaga sus gestos y palabras. ¡Triste destino el de todos ellos! Porque solo vivieron en el soñar de D. Miguel. Y ahora, de-soñados, ¿viven aún o desaparecieron? ¿Ganaron también ellos la inmortalidad? Yo tengo el presentimiento de que alguno ha logrado escapar a ese desueño de Unamuno y colándose en nuestro vivero soñar. Alguno que algún día nos descubra los secretos del alma de su soñador, que él no quiso descubrir en D. Sandalio, tipo del D. Sandalio de su sueño, que él se hizo, y nos diga si son ellos, sus personajes—*p e r s o n a c u l u s*—menos que *persona*, quienes se sueñan a su D. Miguel. O si éste se encontró al despertar con su soñador, con el que soñándole le daba vida aparental en su sueño. Porque de todas las novelas que escribió, ninguna deja con más amargo y agudo deseo de conocer su desenlace como la suya propia; porque es seguro que tuvo que decir al Agustín de su «Niebla»: «Tenías razón, sueño mío, yo, que te crié y te condené a morir, también he tenido que morir como tú, que ser desoñado como tú, y como tú convertirme en una sombra más». Y eso lo tuvo que decir Unamuno que no quería morir, sino vivir y pervivir en quienes le sobrevivieran, sus obras de la carne y del espíritu, y aún en su propia realidad personal y existencial.

¿Sabes tú, lector, cómo murió quien tanto temía morir? Fué un día claro y luminoso del transparente invierno castellano. D. Miguel, como quien va a dormir, fué—sin pretenderlo—a buscar respuesta a su agónica inquietud. ¿Cómo sería la entrevista de D. Miguel con su soñador, con quien aquél se encontró sin darse cuenta? ¡Tuviese piedad de él! Dejó de soñarle y se acabó.

Pero a Unamuno, que ya descubrió el secreto de sueño y su despertar, de su vida y su muerte, ahora le soñamos, lector, tú y yo, cada uno a nuestro modo, y así D. Miguel, en ese nuestro sueño con que le rehacemos, es algo tú y algo yo, que le adentramos entrañablemente en nosotros al soñarle. Al cabo es esta una a modo de inmortalidad en lo humano tan anhelada por él. Que la otra, la que de Dios depende, El la da a quien con su imagen en su obrar se conforma.

GERARDO GARCÍA CAMINO  
Director de la Biblioteca Pública

## Viento nuevo...

*A Pedro Romero Mendoza, director de «ALCANTARA», con admiración y afecto.*

### I

No te importe la vela, marinero,  
sucia, remendada y vieja,  
ni la barca transida en el estero  
rezumando cansadas singladuras  
del tiempo.

### II

Para bogar por mares exteriores  
y navegar océanos internos,  
solo precisas la gracia  
del viento...

Del viento de esperanza que acaricia  
con la acezante inquietud  
del hondo mañana incierto,  
y al abombar la corcusida vela  
la barca impulsa al esencial sendero,  
oculto, que la quilla de ilusión  
va abriendo.

### III

No lo olvides, marinero:  
Todas las noches traza Dios con sombra  
tu buscado rumbo inédito,  
y cada día, porque tú lo estrenes,  
sopla Dios en tu vela, un viento nuevo...

Cáceres, Marzo 1949.

FERNANDO BRAVO